



EL SIGLO NOS TRAJÓ INCOMODIDADES

POR WENCESLAO FERNANDEZ FLÓREZ
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Se suele preguntar vanidosamente con ocasión de cualquier adelanto de la Ciencia: «¿Qué pensarían nuestros abuelos si esto viesen?» Pues bien: ahora se puede satisfacer esa temática curiosidad, sólo con meditar un instante, porque este siglo, tan pródigo en avances científicos, cuenta ya cincuenta años, y en cincuenta años se pueden tener nietos. Somos, por tanto, abuelos de nosotros mismos, abuelos de aquellos niños que éramos en la época en que no existía el cine, en que el gas alumbraba las calles y los quinqués las casas, en que aun se veía entrar ruidosas diligencias por la avenida principal de la ciudad y en que la elevación de un globo, con un arriesgado trapecista, constituía, en las ferias, un espectáculo cautivador.

El «yo» abuelo puede contestar a aquella pregunta, pero la detiene un escrúpulo, y es que, de repente, ha descubierto que si lo hace con franqueza va a caer en la vulgaridad, pecado odioso para cualquier escritor. Porque, aunque la adorne el sentimiento, es una vulgaridad zaherir el presente en beneficio de lo que ya pasó.

Pero vale la pena ser sincero, por grave que sea el riesgo literario que se afronte. Ahora escribo bajo la luz de una lámpara eléctrica. Cuando termine, tomaré un taxi para ir a ver una película. Por el teléfono, que está al alcance de mi mano, se despidió de mí un amigo que se marcha en avión al Perú; he oído por radio que en un encuentro de fútbol, Pérez pasó la pelota a Gómez, y Gómez a Martínez, y Martínez a Peláez y que Peláez marcó un gol. De nada de esto pudieron disfrutar nuestros abuelos; mas lo que importa es determinar si todo ello aumentó la bondad de la vida o le puso un acento feliz.

Cavilo, entonces, que hemos creado tantas máquinas que las máquinas han llegado a dar una impregnación a nuestra existencia. Delegamos en ellas tantas funciones que, cuando fallan, nos sentimos incompletos. Parodiando la definición de Ortega Gasset («el hombre es su yo y las circunstancias») podríamos escribir. «El hombre es su yo y las máquinas de que consigue rodearse.» Ahora, una máquina es la facilidad, en todo caso, pero nunca la inteligencia, y aun aquellas más directamente intervenidas por el hombre, concluyen por imponernos sus caprichos azarosos y su estupidez.

Nunca se permitiría, en otros tiempos, el desconocido o el indeseable presentarse en casa ajena para imponer su charla al que en ella mora. Pero el teléfono se la hace asequible. El teléfono es una

calle que atraviesa nuestro domicilio. Ese aparato anula nuestras puertas, las hace caer—sólo con meter seis veces un dedo en los agujeros de un disco—, como el profeta hizo caer con sus truenos las murallas de la ciudad bíblica. Puede calcularse que, de diez veces que suenan los rítmicos timbrazos, cinco son para pedirnos algo más o menos engorroso, tres por el puro placer de hablar naderías y una por equivocación, caso en el cual nos insultará el equivocado como si la culpa fuese nuestra.

—¡No estoy para nadie!—gritaréis.
Pero la doncella volverá a aparecer para deciros:
—Quien llama ahora es su amigo don Juan. ¿Reza también con él la orden?

—¡Pobre don Juan!—pensamos—. No está bien que me niegue. Y corremos al teléfono. Don Juan nos dice:
—¿Qué hay?
—¡Hola, Juanito! Tú dirás.
—Pues nada, chico. Aquí me tienes, aburrido.

Y por el aricular con que aplastamos una oreja, nos vierte en el cráneo un cuarto de hora de insultos.

Pero el hombre de hoy no puede perder muchos cuartos de hora. Nuestros abuelos vigilaban su dinero y no le concedían demasiada importancia al tiempo, del que disponían abundantemente. Hoy es al revés. Si nos roban algunos duros, podemos ganarlos, pero si nos roban una hora, no conseguiremos recuperarla nunca. No importa que se hayan inventado las más herméticas cajas de caudales si se da a todo el mundo la ganzúa del teléfono para robarnos fracciones de nuestro tiempo y obligarnos a truncar un estudio o a abandonar las cuartillas en el momento en que alboreaba una idea encantadora.

Pasan días sin que haga funcionar mi aparato de radio. Cuando nuevo sus resortes suelo oír música de negros; si salto a otro país, suena la misma música de negros; lejos o cerca, todo parece, en determinados momentos, estar encharcado de música negroide. O alguien pronuncia una conferencia sobre el único tema que no nos puede interesar, y todo el placer que nos proporciona es guillotinarle la voz. Ya sabemos que innumerables personas encuentran en la radio la satisfacción de su necesidad de conocer noticias, de escuchar relatos novelescos o representaciones teatrales; pero este medio de nutrir el espíritu, ¿puede compararse, en placer ni en provecho, a los que la lectura produce? La radio viene a ser otro escotillón por el que irrumpen en nuestro hogar, sin pedir permiso, el comerciante y el industrial que quieren vendernos sus productos, produciendo en nuestra intimidad una algarabía de mercado público.

De pronto, todo se interrumpe: la radio que oigo, la luz que me alumbraba, el ascensor que ha de llevarme hasta mi quinto piso. Me encuentro en el corazón de una gran ciudad, más desamparado que cualquiera de nuestros abuelos en un bosque solitario. Soy, de repente, como un niño desvalido. Ignoro si hay alguna vela en mi casa y, si las hay, dónde se guardan; mi mechero apenas sirve para encender cigarrillos, pero no para alumbrar; la estufa eléctrica que templaba mi despacho se apagó también y el frío prepara su triunfal ataque; he de subir jadeando hasta una altura que no conocieron mis antepasados, cuyas casas carecían de ascensor y estaban calculadas las escaleras para la resistencia normal del corazón humano; no podré continuar escribiendo; me apena pensar que en algún quirófano estará un enfermo con el vientre abierto en la inesperada oscuridad.

¿Qué ha ocurrido? Nada que pueda ser achacable a los hombres, nada por lo que quepa exigir responsabilidades ni acusar de descuidos. Sencillamente, que unas nubes, que asomaron por Levante, se marcharon por Poniente sin acceder a descargar sobre nuestro suelo su agua. Porque no llovió aquí o acullá, nuestro progreso dió un respingo y todas las comodidades de que nos jactábamos desaparecieron en las sombras como fantasmas.

Descubrimos, entonces, que ese progreso es tan exclusivamente mecánico que si no se le da cuerda como a un juguete, deja de funcionar y que se mantiene en pie por la misma razón y sobre tan insuficiente base como una peonza; y también que lo que él nos da son satisfacciones convencionales, mellizas de incomodidades efectivas, que no tienen el menor benéfico influjo en nuestra naturaleza. Si nuestros abuelos se aventuraban en un viaje desde Galicia a Barcelona, mucho y muy sabroso podrían contar por todos los días de su vida. Mi amigo llegará al Perú en no sé cuántas horas, estará allí otras tantas, regresará en un plazo igual... No se habrá enterado de nada, no sabrá nada, no referirá nada. Nunca he oído algo interesante de estos hombres de hoy, que van y vuelven de un sitio detrás del motor de un avión. Los aviones han suprimido una de las posibilidades más atractivas y educadoras: la de los viajes.

¿Quiéren ustedes que diga con heroica franqueza mi opinión?... El mayor regalo que al progreso debemos, todo lo que esta exhibición de la mecánica nos trajo de verdaderamente nuevo, distinto y necesario, sin paridad con lo anterior fué... el aspirador eléctrico.

Porque antes del automóvil nos trasladábamos en caballos o corriendo sobre nuestras piernas, y antes del teléfono nos entendíamos a lo lejos gritando o batiendo tambores, como los africanos... Pero hasta ahora no habíamos conseguido echar al polvo de nuestras casas. Lo que hacíamos barriendo o cepillando era trasladarlo de lugar.

Y eso es lo que honradamente creo que es lo que puede salvarse de cuantos reparos se opongan a los avances mecánicos que a muchos engorullecen. Eso: un aspirador.



EL MUNDO BAILA AL SON DE HISPANOAMÉRICA

En el Madrid de 1900 era del mejor tono "tener salón". La pavana, el rigodón y los lanceros, bailes de figuras, triunfaban en los salones con alguna concesión al vals. La plebe también tenía salones, pero no los llamaban así, sino simplemente bailes. El baile de Cuchilleros, el de Provisiones, el de la Rosa Blanca, el de la Costanilla... Y con absoluto desdén para los bailes de figuras, las parejas que a ellos concurrían se arrojaban en las delicias del agarrao. Pero el agarrao con seriedad de rito. Ella y él atendían fundamentalmente, exclusivamente, al ritmo, a la cadencia y a los giros del baile. Alguna vez se atrevía a murmurar el galán:

—Baila usted muy bien, joven.
Galanura que ella, generosa, retribuía con un:
—Usted, que me sabe llevar como las propias rosas.
Y nada más.

Porque, ¡ciudadito con tomar el baile como pretexto para amorosas iniciaciones!; que allí estaba el bastonero para imponer la formalidad a don Juan Tenorio que osara decarriarse.

El schotis, el pasodoble y la habanera integraban la trilogía castiza del baile, aunque, de los tres, únicamente el pasodoble era de nelo origen español. De vez en cuando, la polca, o el sucedáneo de la polca; la mazurca.

En los cerrados recintos de los bailes el pueblo comenzaba a sentirse con ahogos. Y buscó la expansión en los merenderos, manteniendo en ellos, como en los salones, el imperativo algarero y trepidante del organillo.

He apuntado hacia los extremos: aristocracia y pueblo. Pero la clase media también contaba. Como no tenía salón, y no quería descender al baile cerrado, ni al merendero, aquellas que la gracia de Luis Taboada denominó "soirées de Cachupín", se las fueron apañando para que los divertidos recreos caseros y dominicales fuesen cayendo en desuso. En las casas donde había piano se empezó a hacer música. Alguna de las niñas de la casa tenía una voz divina... ¡Ya quisiera la Barrientos! Pero ¡como era tan vergonzosa...! Siempre había algún muchacho, estudiante o del comercio, propio a los dúos y aun a las romanzas. Y como la niña mayor tocaba el piano...
—¡Mejor que Sarasate!—elogiaba la madre.

—¡Marcelina—corregía el padre—, que Sarasate tocaba el violín!...
—¡Ah! ¿Sí? Pues yo...
—Tú tocas el violón, Marcelina.

La cosa era que a la hora de hacer música las golas cedían la actividad a los meniscos y se danzaba una horita antes de congregarse en torno a la camilla para echar unas manitas a la lotería de cartones o para jugar a las prendas, que era muy divertido.

Por ser más holgadas que las de hogaña las habitaciones de aquellos pisos, pronto se arrinconó la camilla, se alinearon las sillas contra la pared, ocupadas por personas mayores, y pollos y pollitas se entregaron al grato ejercicio de la danza, al ritmo del mismo repertorio popular, pero con una notable diferencia en la ejecución, consistente en el honesto espacio que entre sus respectivas anatomías mantenían las parejas, hasta en los giros veloces del vals corrido y en los pausados, pero exactos, del schotis.

En los teatros de zarzuela dominaba el tanguillo. En los escenarios del género infimo balbuceaba, con ímpetu, el baile español, manteniéndose en algunos el cancan, como última palabra de la picardía danzante. Dominaba Francia, aunque la rumba cubana iniciaba su ataque sugestivo. Esta era la situación bailable cuando echó a andar el siglo XX.

A los cinco años justos apareció el primer baile revolucionario: la machicha. La machicha fué algo así como un primer ensayo de nivelación social. En el salón prócer, en el saloncito de Cachupín y en los escenarios triunfó plenamente.

Los merederos tardaron algo más en admitirla, pero tuvieron que rendirse. Y la machicha fué tocada, bailada, tarareada y silbada en todas partes.

En todas partes, menos en los bailes castizos: Provisiones, la Costanilla, la Rosa Blanca... ¡Pues no faltaba más!

La machicha tenía pretensiones de danza canalla, aunque hoy nos parecería ridículamente candorosa. Yo la tenía por oriunda de París, pero me han hecho dudar unos versos maños, oportunamente recordados por Sáinz de Robles, el original e ilustre polígrafo:

*C'est la dance nouvelle, mademoiselle,
ainsi qu'une Espagne vibrante y folle
il faut cambler la taille d'un air canaille.
C'est dance qui nous aguiche
c'est la machiche!*

Como puede verse, el poetastró trató de endilgarnos la paternidad lamentable de la machicha.

Su turbulento y avasallador reinado acabó pronto. Y poco después nos envió el Tío Sam otro baile, que, como por entonces se decía, "hizo furor": el cake-walk. Vicente Carrión y una triple cuyo nombre no recuerdo le bailaban en Apolo, en una obra de Arniches... ¿El pollo Tejada?, ¿El terrible Pérez? Creo que fué en una de estas dos piezas del entonces triunfante género chico.

La triple lucía un sombrero descomunal, un corpiño florido, enconceñado y escotado, y unas faldas acampanadas, con profusión de floripondios y volantes rizados, que permitían ver las piernas, enfundadas en medias negras, hasta las rodillas. Ella y Carrión, con la cara pintada de negro, vestido con frac y calzón corto, sedenios y rojos, agitando en la diestra el sombrero de copa, del mismo color, y un bastoncillo de bambú en la otra mano, lo bailaban, echando para atrás el cuerpo y encogiendo rítmica y alternativamente las piernas.

Luego vino una invasión seria, procedente también de Norteamérica: el fox-trot, "trote de la raposa", en traducción literal. El fox llegó y venció, como la machicha, pero no pasó como ella, sino que echó raíces entre nosotros, al extremo de infiltrarse hasta en las zonas castizas, donde alternó con las habaneras, los chotisés y los pasodobles.

Y de pronto, el estallido, la explosión universal, la más impresionante invasión.

¡El Tango argentino!
Por él comenzamos a bailar al son de Hispanoamérica; a bailar y a cantar. Porque los maestros argentinos, ceteros en la expresión melódica y con la fuerza arrebatadora del arte personalísimo de Carlos Gardel, conmovieron a todos.

Casi mediado el siglo, un cantor argentino de tangos, Spaventa, fué durante mucho tiempo la máxima atracción de Madrid, como sucedáneo de Gardel, que por entonces triunfaba en París; Gardel fué en su arte una figura impar.

Pero España no se entregaba sin lucha. Aceptaba el tango como canción y como baile. Se rendía a su imperativo artístico, dulce, envenenado y suasorio; pero, en revancha, era una argentina, Antonia Mercé, la que alzaba sobre el mundo el cetro, firmemente empuñado, del baile español.

La Argentinita, después; su hermana Pilar, actualmente, con la gitánísima y revolucionaria Carmen Amaya y los sevillanos Rosario y Antonio, mantuvieron y—con la dolorosa excepción de Encarna—mantienen el prestigio del baile español a través del mundo, pero sobre todo en Hispanoamérica y en Norteamérica, en triunfal represalia.

Desde entonces—invasión del tango—he mos seguido bailando al son de Hispanoamérica.

La última invasión, efímera por no tomarla en serio, ha sido la raspa. El bolero y la samba son los reyes del momento, entre corridos azúcares, gatos pamperos y corridinhos lusos.

A mitad de este medio siglo que va a cumplirse, un monigote desarticulado y epiléptico se nos coló en los teatros, y de ellos saltó a los salones y aun a los bailes al aire libre, donde hirió alevosa y malamente a que tros bailes castizos.

Fué el Charleston. Trajo un ímpetu de espanto. El maestro Guerrero, en plena popularidad, le recibió afectuosamente. Y luego, todos los compositores y muchos descompositores. El Charleston, que se presentó con tan estruendo, desapareció silenciosamente. Pero desarticuló el ritmo de nuestras danzas y le universalizó. Hasta el Charleston, y con excepción de los chulines de la Costanilla, etc., que daban doce vueltas en un ladrillo girando a torcis, el hombre cuidaba, por encima de todo, del lucimiento de su pareja. Desde el Charleston a nuestros días las parejas van al que más puede en contoneos, queiebros y monaditas, que no pueden ver con seriedad espiritual los que tienen más de cuarenta años.

Hoy, más que nunca sometidos al son de Hispanoamérica y con alguna concesión al fox y al swing, privan los ya mencionados boleros.

Y en la escena ha renacido con tremenda pujanza otra danza americana: la rumba, impuesta por la peculiaridad de una nueva vedette de revista.